

Agua y Espíritu

Órgano de difusión del Catecumenado de Getafe
Nº 3 Febrero 2007



Actualidad del Catecumenado

Como ya os adelantamos en el último número, el 1 de Diciembre, os contaremos cómo van adhiriéndose a la fe nuevos "simpatizantes".

Mientras los catecúmenos ya se aproximan a los sacramentos de la iniciación cristiana, que celebrarán en la próxima Vigilia Pascual, otros nuevos candidatos han ido pidiendo, desde principio de curso, ser iniciados a la vida cristiana, para llegar al Bautismo. Y doce de ellos ya han comenzado la primera etapa de su formación, el "Precatecumenado".

El "Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos", más conocido por sus iniciales, el RICA, llama a estos candidatos, que aún están descubriendo a Jesucristo, "simpatizantes".

En esta primera etapa lo que hacemos es presentarles de una forma sencilla aquel tesoro escondido que llevamos como en vasijas de barro. Es decir, les presentamos a Jesucristo vivo, real, operante.

Ahora mismo en la diócesis hay tres grupos de



simpatizantes. Un grupo empezó el "precatecumenado" en Octubre. Es el grupo más numeroso: cinco no bautizados y tres bautizados. Todos son jóvenes. Son los que veis en la fotografía, aunque falta una pareja de novios. Aparecen acompañados por Candi, uno de los catequistas, en la sala donde reciben la catequesis los sábados por la tarde.

Otro grupo, de tres chicas, se reúne desde Diciembre en Ciempozuelos. Dos son del mismo Ciempozuelos y otra de Colmenar de Oreja.

El tercer grupo tiene una sola simpatizante. Ha empezado a finales del mes de Enero en Parla.

En Parla se prepara otra "simpatizante" que ha comenzado su itinerario a mediados de Enero. Y otra más empezará el precatecumenado en Getafe este mismo mes de Febrero. Y seguramente podamos comenzar otro grupo en Villanueva de la Cañada con unos cuantos candidatos.

Los simpatizantes del primer grupo, los que se decidan a entrar en el Catecumenado, serán admitidos en una celebración que tendrá lugar en la Catedral el 24 de marzo, a las 5 de la tarde, a la que estáis todos invitados.

Por otro lado, los que propiamente llamamos catecúmenos tienen ahora por delante, en la Cuaresma, una serie de celebraciones y ritos muy importantes. Anotamos sólo los dos más importantes, para que recéis por ellos y para que os hagáis presentes si así lo deseáis: el "Rito de la Elección e Inscripción del Nombre", el 25 de febrero, a las 12,30 del mediodía. Y la celebración del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía en la Vigilia Pascual, el 7 de abril, a las 11 de la noche. Ambas celebraciones en la catedral y presididas por nuestro obispo.

Principios Generales y Criterios Pastorales

La restauración del catecumenado, decisión de la Iglesia

Para que el anuncio universal del Evangelio se consolide en el corazón de cada hombre es necesario su inserción en el misterio de Cristo a través de la Iglesia. Esta nueva Vida requiere todo un proceso de gestación y crecimiento; de ahí la necesidad del *catecumenado bautismal*, institución de la Iglesia al servicio del proceso de formación y maduración en la fe y en la vida cristiana de los no bautizados, en medio de una comunidad eclesial concreta que, como auténtica madre, les acoge y acompaña.

A lo largo del tiempo y en función de las diversas circunstancias históricas y culturales, la iniciación cristiana ha variado mucho en cuanto a sus formas. En los primeros siglos de la Iglesia “conoció un gran desarrollo, con un largo periodo de catecumenado y una serie de ritos preparatorios que jalonaban litúrgicamente el camino de la preparación catecumenal y que desembocaban en la celebración de los sacramentos de iniciación¹”.

Ante las actuales exigencias de la evangelización en nuestra realidad social cada vez más alejada de Dios, los padres del Vaticano II quisieron restaurar el catecumenado primitivo. Tenían plena consciencia que esto iba a exigir de los cristianos una muestra del vigor de su fe y una participación generosa y comprometida con el impulso misionero, que le es esencial a la Iglesia de todos los tiempos. Este fue su reto y su determinación: “Restáurese el catecumenado de adultos, dividido en etapas y grados, cuya práctica dependerá del juicio del ordinario del lugar²”. Así que, en cumplimiento de estos mandatos conciliares, la Congregación para el Culto Divino publicó en 1972 el *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos* que nos ofrece un itinerario gradual y progresivo inspirado en el catecumenado primitivo, muy útil no sólo para dichos tiempos primeros, sino muy especialmente para ayudar al hombre de hoy al avance firme en el encuentro con Cristo, el cual requiere un proceso de asimilación efectiva en su vivir cotidiano de la nueva Vida que nos ha traído nuestro Hermano Jesucristo.

Si en la vida natural del hombre, su crecimiento y maduración atraviesa necesariamente una serie de etapas, la Vida que origina en nosotros el Espíritu supone una novedad de tal orden que exige también un acompañamiento y formación gradual. En el catecumenado no se trata únicamente de presentar *intelectualmente* el contenido de la fe, de manera que se pueda *entender* la trascendencia de su significado; se busca, sobre todo, que ese conocimiento sea *verdadera experiencia vital de Encuentro con el Resucitado*, como les sucediera a los discípulos de Emaús, que exclamaron: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” cuando le reconocieron al partir el pan (Cf Lc 24,32); es decir, en la entraña misma donde se forja la Iglesia, en la celebración de la Eucaristía.

Por ello, la restauración del catecumenado ha exigido un trabajo fuerte de comunión, a fin de alumbrar unas normativas que sirviesen de cauce para introducir a los catecúmenos tanto en esta fe viva, como en la liturgia donde se celebra; en la caridad y en el apostolado propios de la Iglesia donde se encarna su presencia operante en la historia. Las Conferencias Episcopales han respondido publicando unas orientaciones por las que se regula el catecumenado, determinando sus obligaciones y prerrogativas; y los Obispos, en sus respectivas diócesis, procuran las estructuras y los agentes de pastoral necesarios para llevar a cabo, de la manera más digna y conveniente, todas las disposiciones que hagan posible este itinerario gradual de formación e inserción de los catecúmenos en la vida cristiana.



M^a Fernanda Lacilla Ramas, M.Id

¹CCE 1230 (Catecismo de la Iglesia Católica)

²SC 64 (Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II)

Diálogos sobre la Fe

Acojo en estas líneas la invitación hecha en el número anterior de “Agua y Espíritu” la invitación lanzada por nuestro amigo Enrique Santayana. He disfrutado leyendo sus páginas y he tenido que “saborear” sus palabras para decidirme sobre cómo responder a su oferta y cómo continuar sus palabras.

La fe, respuesta a la intervención de Dios que configura totalmente la existencia y que tiene su propio “contenido”, es decir, Jesucristo mismo en quien conocemos al Padre y al Espíritu Santo, es el hilo conductor de la propuesta de Enrique. A esta fe se nos inicia en el catecumenado y a ella nacemos, de un modo nuevo, en el sacramento del Bautismo. Querría comenzar por aquí.

El catecumenado es un órgano maternal de la Iglesia que nos engendra y nos da a luz. El momento “primero” de este nuevo nacimiento (Jn 3, 4-7) a la nueva vida que viene de lo alto. Con esto, no obstante, el camino de iniciación no está del todo recorrido, ya que éste lleva a la plena inserción en el misterio del Señor que sucede, después del bautismo, mediante el proceso catequético que conduce, finalmente, a la celebración sacramental de la Confirmación y de la Eucaristía. Es, justamente, en la Eucaristía, donde a mi modo de ver se revelan los más importantes elementos estructurales de la fe como respuesta a la acción de Dios, como actitud de confianza y abandono totalizante en las manos de Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo; es en la Eucaristía celebrada donde percibimos el dinamismo de la Revelación de Dios, de la santificación del hombre y de la salvación del mundo. A ello querría dedicar estas páginas.

Quiero comenzar con un texto de san Agustín que me servirá de base para esta propuesta: “Y, puesto que sufrió por nosotros, nos confió en este sacramento su cuerpo y sangre, en que nos transformó también a nosotros mismos, pues también nosotros nos hemos convertido en su cuerpo y, por su misericordia, somos lo que recibimos. Recordad lo que era antes, en el campo, este ser creado; cómo lo produjo la tierra, lo nutrió la lluvia y lo llevó a convertirse en espiga; a continuación lo llevó a la era el trabajo humano, lo trilló, lo aventó, lo recogió, lo sacó, lo molió, lo amasó, lo

El amor de Dios recibido en la comunión fraternal, no podemos comunicarlo sino en la misma comunión: comunión con los pastores y con los demás hermanos en la fe.

coció y, finalmente, lo convirtió en pan. Centraos ahora en vosotros mismos: no existíais, fuisteis creados, llevados a la era del Señor y trillados con la fatiga de los bueyes, es decir, de los predicadores del Evangelio. Mientras permanecisteis en el catecumenado, estabais como guardados en el granero; cuando disteis vuestros nombres para el bautismo, comenzasteis a ser molidos con el ayuno y los exorcismos. Luego os acercasteis al

agua, fuisteis amasados y hechos unidad; os coció el fuego del Espíritu Santo y os convertisteis en pan del Señor. He aquí lo que habéis recibido. Veis cómo el conjunto de muchos granos se ha transformado en un sólo pan; de idéntica manera, sed también vosotros una sola cosa, poseyendo una sola fe, una única esperanza y un sólo amor”.

Fijémonos, de acuerdo con esta preciosa catequesis, en el pan eucarístico, como imagen de nosotros mismos. Desde el principio fue siempre un don de Dios. Lo primero que podemos destacar acerca del hombre, de cada uno de nosotros, es que somos “hechos” por otros/Otro. Procedemos de nuestros padres que son colaboradores de Dios en el don de la vida. Provenimos todos del amor creador de Dios enteramente libre y gratuito. Lo que somos es, desde el principio, pura dádiva de amor que recibimos y gracias

Es en la Eucaristía, donde se revelan los más importantes elementos estructurales de la fe como respuesta a la acción de Dios.

al cual existimos. Fuimos, pues, “producidos” por la tierra, regados... Es un modo precioso de referirse a la fatiga de la vida, al esfuerzo del crecimiento, al sufrimiento que madura, al gozo del fruto de nuestras acciones. Es una experiencia común a todo hombre, más allá de toda opción ideológica, más allá de las distintas tradiciones religiosas... es posible para todo hombre descubrir su vida como un don y experimentar la vida como un camino de superación, como el camino que se nos concede para “llegar a ser nosotros mismos en plenitud”. Puede ser que esta esperanza y este deseo estén en muchos opacados y como entenebrecidos, pero nunca del todo destruidos. Es un deseo y una esperanza que nos constituye, como fruto-consecuencia del amor de Dios que nos ha precedido siempre, un amor que, como muy bien decía Enrique, ha supuesto, para Él, un salir de sí ya en la creación, un “sacar de sí” al Hijo al entregarlo al mundo, y, para el Hijo, un cierto “abandonar” la casa del Padre, por puro amor benevolente. Este es el primer dato que debe ser siempre considerado cuando consideramos el propio camino de fe, o cuando miramos a los hombres a quienes estamos llamados a anunciar el Evangelio: su vida / nuestra vida es, antes que nada, don del amor gratuito de Dios y camino lleno de promesas que requiere, por sí mismo, un cumplimiento, que no es otro que encontrar y abrazar el originario amor de Dios.

¿Cómo pasamos de ser -siguiendo con la catequesis de Agustín- espiga en el campo a ser un pan? Es decir, ¿cómo se alcanza este “cumplimiento” de la vida? Por ese proceso que Agustín traza en este movimiento: ser llevados a la era del Señor, “tritutados” con la predicación del Evangelio, con el ayuno y los exorcismos (es decir, la oración de la Iglesia pidiendo por nuestra conversión, por el definitivo abandono del pecado y por la liberación del mal), amasados con el agua del Bautismo, cocidos por el fuego del Espíritu Santo y hechos pan de Cristo en la Eucaristía.

En la Eucaristía se pone ante nuestros ojos, en primer lugar, el amor originario de Dios llevado hasta el extremo del abajamiento y del anonadamiento. Es un amor que nos precede: nos ha creado, nos ha mantenido, nos ha hecho crecer, ahora nos llama a su presencia y nos convoca, reuniéndonos en su nombre, nos invita a reconocer lo que somos ante su santidad misericordiosa y a reconciliarnos con Él y con los hermanos (Acto Penitencial), nos habla al corazón para transformar nuestra vida empezando por iluminar nuestra inteligencia (Liturgia de la Palabra), nos invita a agradecer sus dones y hacernos disponibles a su acción (Ofertorio), nos entrega a su Hijo actualizando su muerte y su resurrección para nosotros (Primer movimiento -descendente- de la Liturgia Eucarística) para que comulgando con Él, es decir, identificándonos con Él, podamos ser ofrecidos con Él al Padre en la ofrenda que supone la perfección de la fe, cuando, definitivamente incorporados a Cristo, ofrecemos al Padre todo honor y toda gloria en la unidad del Espíritu Santo (segundo movimiento -ascendente- de la Liturgia Eucarística). Sólo así podemos ser enviados al mundo a ser testigos de la novedad y de la fuerza del amor de Dios que nos ha sido entregado en la Iglesia.

En este breve resumen están indicados, me parece, algunos de los rasgos esenciales tanto del proceso del catecumenado, como del proceso de la evangelización, sólo que, según los casos, han de ser distribuidos y ofrecidos de modo distinto y con acentos diferentes.

En primer lugar, la conciencia del don recibido. Para el ya convertido, la certeza vivida de que todo es gracia. Esta convicción condiciona necesariamente la conciencia y la actuación del catequista o del evangelizador: si todo es gracia, la primera tarea del “apóstol” es pedir al Señor el fruto de las propias acciones; si todo es gracia, se ofrece gratuitamente y sin pretensiones ni exigencias, como fruto de un amor que se entrega benevolentemente; si todo es gracia, tanto el éxito como el fracaso se reciben con gozo, confiados y entregados a la acción del Señor.

En segundo lugar, este amor de Dios que es Él mismo en la persona del Hijo y en la acción del Espíritu Santo ni se da ni se recibe individualmente. Es en la comunión fraternal. Lo hemos recibido en la comunión de la Iglesia. No podemos comunicarlo sino en la misma comunión: comunión con los pastores y con los demás hermanos en la fe, un sentir común que sólo si rompe prejuicios, divisiones, enfrentamientos estériles, está en condiciones de ofrecer un testimonio creíble del amor de Dios que nos llama a la unidad.

En tercer lugar, la tarea de la Iglesia ilumina las

conciencias, habla al corazón hablando también a la razón. Nunca se ha dirigido la predicación de la Iglesia solamente a la voluntad o exclusivamente a los sentimientos. El corazón representa el centro de la persona y a ese centro pertenece la inteligencia y la razón como órgano integral de esa capacidad humana de conocer, gustar y abrazar la verdad. A este centro nos dirigimos. Por eso es necesario lucidez; lucidez en el conocimiento de la Revelación; lucidez en el conocimiento verdadero de lo que significa ser hombre; lucidez en el discernimiento del tiempo en que vivimos; lucidez en el modo de articular el discurso o el proceso de formación. Esta lucidez es fruto también de la acogida inteligente de la Revelación. Requiere oración, contemplación y estudio, apego a la Tradición de la Iglesia y a lo que ella ya ha vivido y ha aprendido...

En cuarto lugar, es necesario educar en el “salir de sí”: esta es la finalidad última del proceso, que el hombre saliendo de sí encuentre a Dios en Jesucristo, el que primero y antes que nosotros, “salió de sí” para acudir a nuestro encuentro. Esto es acción libre del hombre: más allá de la competencia técnica o de la santidad del catequista o del evangelizador, está la libertad del hombre que recibe la Palabra de Dios, un abismo de libertad frente a la libertad de Dios. Por eso no podemos “medir” el fruto de nuestras acciones sino que, en última instancia, debemos dejarlo a Dios. Y porque el “salir de sí” es el momento final, el proceso catecumenal ha de ir educando también en este “salir de sí”: en la acogida de los otros, en el desprendimiento, en la búsqueda de la verdad, en el movimiento radical de salir de sí que es la oración, litúrgica y personal, etc.

El último momento es el encuentro con Cristo en la Eucaristía, cumbre y plenitud de la acción de la Iglesia, y deseo más hondo, aunque muchas veces, desconocido del corazón de todo hombre. Pero también hay que decir que la configuración a Cristo ha de ser algo ya dado inicialmente, aunque siempre necesitado de crecimiento y de purificación, en aquel que en la Iglesia realiza el ministerio de la catequesis o de la predicación, en cualquier de sus formas.

No está todo dicho, desde luego, quedan muchos “huecos” que cubrirán, si quieren, los que continúen este diálogo iniciado por Enrique. Lo que sí pretendía decir es que la celebración sacramental de la Eucaristía es también fuente de la acción catecumenal y evangelizadora de la Iglesia.

Angel Castaño.

En la Eucaristía se pone ante nuestros ojos el amor originario de Dios llevado hasta el extremo del abajamiento y del anonadamiento.

La celebración de la Eucaristía es fuente de la acción catecumenal y evangelizadora de la Iglesia.

Nos gustaría establecer un diálogo sobre todo lo que atañe a la acción evangelizadora de la Iglesia y al ejercicio de su maternidad espiritual. Es una acción en la que Dios y el hombre entran en juego. Una acción en la que se aúnan la Palabra y el Sacramento. Una acción que concierne a todo lo que es propio del hombre y de la Iglesia.

Para posibilitar este diálogo hemos abierto el siguiente correo electrónico: catecumenado@diocesisgetafe.es

Decidnos con libertad lo que pensáis de lo que escribimos o de lo que hacemos; o bien, de lo que olvidamos en nuestra reflexión o en nuestra acción.

También podéis escribirnos a la dirección de correo ya dada si queréis recibir puntualmente una edición digital de “Agua y Espíritu” en vuestro correo electrónico.